

868
B.S.

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA
ROBADAS A ESPAÑA
Y ADOPTADAS EN FRANCIA
POR MONSIEUR LE SIEUR
RESPECTUAS A SU PATRIA
Y A SU LENGUA NATIVA
POR UN ESPAÑOL ZELOS
TOMO SEGUNDO.

Pa 1997
66
56
v. 2
1791-97



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PÉREZ"
FONDO SALVADOR TOSCANO

FONDO
SALVADOR TOSCANO

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

UN tantico de honor y de Religion que conservaba todavia en medio de mis estragadas costumbres, me obligó no solo á dexar á Arsenia, sino tambien á romper todo comercio con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertas ráfagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilícitos embelesos en que se halla ciegamente enredado. Amaneció, pues, una mañana muy dichosa para mí, en la qual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, que solo respiraba libertad,

2 *Las Aventuras de Gil Blas.*

tad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra. Encontré al mayordomo de mi difunto amo Don Matias, á quien saludé. Conocióme luego, y me preguntó á quién servía. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dexarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dixo que siendo yo un mozo tan honrado y tan christiano queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo dia me acomodó con Don Vicente Guzman, de cuyo mayordomo era él grande amigo.

No podía entrar en mejor casa; y así nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era Don Vicente un caballero ya anciano, y muy rico, que habia muchos años vivia sin pleytos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya, queriéndola curar de una tos que verosimilmente la dexaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamás en volverse á casar, aplicándose enteramente á la educacion de Aurora su hija única, que entraba entonces en los veinte y seis años, y era una dama completa. Juntaba á una hermosura poco comun un entendimiento excelente, y gran instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de ha-

Lib. IV. Cap. I.

3

hablar, sobre todo de guerras y de batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompeta heroica, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto en que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolixo, sobre ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas, y verdaderamente intolerables. Por lo demás no era facil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre igual, nada duro ni caprichoso: cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y con economía, se trataba muy honradamente. Componiase su familia de varios criados, y de tres mugeres que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de Don Matias me habia metido en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio y las inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de Don Vicente, quando me pareció que su hija me miraba con alguna parcialidad,

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*
dad, distinguiéndome entre los demás criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los míos observaba, á mi parecer, un cierto agrado que no veía en ella quando miraba á los otros. A no haber tratado yo con petimetres y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pudiese pensar en mí; pero me habian abierto los ojos aquellos señores míos, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta calidad. Si hemos de dar crédito á los histriones (me decia yo á mí mismo) tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las quales saben muy bien aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama no tendrá de estos caprichos? Pero no (añadia prontamente) no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas, que olvidadas del noble orgullo que las comunica su nacimiento, se rinden á la indecencia de abatirse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrípulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las ocupa sin peligro.
Este era el juicio que yo hacia de mi ama, bien que dudoso y vacilante, no sabiendo precisamente á que atenerme. Mientras tanto siempre que me veía no dexaba de sonreirse y de alegrarse: apariencias todas que podian muy bien

bien hacerme consentir en mi fortuna, sin pasar por vano ni por tonto. Y así no hallé modo para resistirme á ellas. Consentí, pues, en que Aurora estaba grandemente prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme menos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, comencé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar telas, aguas de olor y pomadas. La primera cosa que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con toda la posible propiedad, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de mi aseo, y con otros medios que aplicaba para dar gusto y hacerme grato, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que habia mas de veinte años que servia en casa de Don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavia el título de dueña, aunque ya no exercia aquel empleo. Por el contrario, en lugar de velar sobre las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, ahora solo atendia á encubrirlas y ocultarlas, con lo qual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche habiendo buscado la dueña la ocasion de hablarme, sin

TOMO II. B que

6 *Las Aventuras de Gil Blas.*

que nadie pudiese oírnos, me dixo en voz baxa que si era discreto baxase al jardín á media noche, donde oiría cosas que no me disgustarian. Respondíla, apretándola la mano, que sin falta alguna baxaria, y prontamente nos separamos por miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, (sin embargo de que siempre se cenaba temprano), y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud. Y para que mi rabia fuese mayor, quando Don Vicente se retiró á su quarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia á todos matraqueado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente reservó para regalarme aquella noche, fue irme nombrando uno por uno todos los Oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas que cada uno habia hecho. No puedo ponderar quanto me costó el reprimir mi cólera y el estarle oyendo hasta que al fin acabó y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al quarto donde estaba la mía, y donde terminaba una escalera secreta que conducia al jardín. Dime un buen baño de pomada por todo el cuerpo; vestíme una camisola limpia bien perfumada; nada omití de quanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en

Lib. IV. Cap. I.

7

mi ama, y fuíme al sitio para donde estaba citado.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su quarto, perdiendo yo todas mis esperanzas. Eché la culpa á Don Vicente, y quando estaba dando al diablo sus campañas sonó el relox, conté las horas, y hallé que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el relox andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un quarto de hora despues volví á contar las diez de otro relox. ¡Bravo! dixé entonces entre mí: todavia me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseemonos, y pensemos en el papel que hago hoy. Es para mí hartamente nuevo. No estoy acostumbrado á las fantasías de las damas; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad, y franqueza, las dice su atrevido pensamiento sin ceremonia. Pero con las damas se observa otro ritual. Es menester que el galan sea cortés, tierno y comedido, pero no tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar un momento favorable.

Así discurría yo, y así me prometia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los pies de aquel adorable objeto, y de decirle mil cosas amo-

8 *Las Aventuras de Gil Blas.*

rosas, pero de manera que el respeto no se quejase de la pasión. Con este fin llamaba á la memoria varios trozos de las piezas de teatro, que me pareció podían servirme y hacerme mucho honor en nuestra primera visita. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad, y esperaba que, á exemplo de algunos comediantes, pasaria por discreto y hombre de espíritu, siendo así que solo era hombre de memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertían mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí sonar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginación, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardín. Dió en fin la hora tan deseada, es decir la media noche. Pocos instantes despues se dexó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dixo, ¿quánto ha que está Vmd. aquí? Dos horas, la respondí. En verdad, añadió ella riendose, que es Vmd. muy cumplido, y dá gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la fortuna que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con Vmd., y le está esperando en su quarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sígame á donde le conduzca. Diciendo esto me tomó de la mano, y ella misma me introduxo en el aposen-



J. Camaron inv. et delin.

D. J. G. y P. sculp.

Recibe Aurora á Gil Blas por Criado y la conversacion que tuvo con él.

sento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPITULO II

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él.

Saludé á Aurora con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fue posible. Recibióme con una cara risueña; hizome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó, mandó á la dueña que se retirase á su quarto. Despues de este prelude, volviéndose hácia mí, me dixo: Gil Blas, ya habrás conocido que yo te miro con buenos ojos, y que te distingo entre todos los criados de mi padre; quando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dexará dudar este paso que ahora doy.

No la dí tiempo para que dixese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortésano debia respetar su pudor, y no darla lugar á mayor explicacion. Levantéme, y arrojándome á sus pies todo transportado, como un heroe de teatro que se arrodilla delante de su Princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ah, señora! será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí

aquí de la fortuna, sea tan feliz que haya podido inspiraros sentimientos..... Baxa un poco la voz, me interrumpió sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el quarto vecino. Levántate, y escúchame sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo y te quiero bien, y en prueba de esto voy á fiarte un secreto, del qual pende la quietud y tranquilidad de mi vida. Sabe que amo á un caballero mozo, galan, ayroso y de ilustre nacimiento. Llámase Don Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia, pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, como tambien quales sean sus inclinaciones, si virtuosas ó viciosas. En esto quisiera ser instruida con toda exâctitud. Para lo qual necesito de un hombre sagaz y sincero, que informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel y puntual. He puesto los ojos en tí, persuadida á que nada arriesgo en encargarte esta comision. Espero que la desempeñarás con tanta discrecion y con tanta destreza, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora esperando mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad quando no la acompaña la fortuna, supe mostrarla un zelo tan vivo y un ar-

ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no fue bastante á desimpresionarla del mal concepto en que la pudo haber puesto mi temeraria presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y con decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de Don Luis. Otorgómelos; y llamando ella misma á la Ortiz, ésta me volvió á conducir al jardín, diciéndome al despedirse: á Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que seas puntual en acudir al sitio consabido ó á qualquiera otro donde fueres citado, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi quarto, no sin algun dolor de haberme engañado tanto. Con todo eso tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme que esto podia hacerme hombre; que los medianeros de amor eran muy atendidos y mejor pagados: reflexiones que me divirtieron y me consolaron, acostándome con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en quanto quisiese disponer de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber donde vivia un caballero tan conocido como Don Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su conducta; pero los sugetos á quienes recurrí no satisficieron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á solicitar nuevos y mas íntimos in-

informes el día siguiente, y fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia. Parámonos para saludarnos, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dixo que le habian despedido de casa de Don Juan Pacheco, padre de Don Luis, por haberle acusado que habia bebido un frasco de vino generoso. No perdí una ocasion tan oportuna para saber quanto deseaba, y lo conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas; de manera que volví á casa muy alegre por hallarme en parage de cumplir la palabra que habia dado á mi ama, con quien habia quedado de acuerdo que debia volver á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: léjos de impacientarme con las prolixas relaciones de mi amo, yo mismo le metí en la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce en todos los relojes que se podian oír de la casa. Entonces baxé con mucho sosiego al jardín, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio consabido, y la taimada me dixo con un poco de socarroneria: en verdad, Gil Blas, que hoy ha rebaxado muchas lineas el barómetro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, haciendo como que no la entendia, y ella

ella me conduxo al quarto donde me estaba Aurora esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien de Don Luis. Sí señora, la respondí; y en dos palabras informaré á V. S. de todo lo que he llegado á entender. En primer lugar sé que muy en breve partirá á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballerito lleno de honor y de bondad; en quanto al valor, no le puede faltar, basta decir que es caballero y Castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellas modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S. es, que vive un poco demasadamente á la moda de los modernos señoritos; quiero decir, que es furiosamente calavera. Creerá V. S. que siendo todavía tan jóven como es, ha puesto ya á buen recaudo á dos comediantas? ¿Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero dime, ¿estás seguro de lo que cuentas? ¿Cómo si estoy seguro? la respondí. No hay cosa mas cierta. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son muy sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal Don Luis es muy amigo de Don Alexo Seguíer, de Don Antonio Centelles y de Don Fernando de Gamboa; prueba invencible de su disolucion. Basta, Gil Blas, dixo suspirando mi pobre ama: en virtud de tu informe comienzo desde este punto á combatir mi indigno amor.

14 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Aunque habia hechado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas, si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

CA-

Lib. IV. Cap. III.

15

CAPITULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos médicos de Madrid; uno el Doctor Andres, y otro el Doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al enfermo, y despues de una exácta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto convinieron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el Señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de fluxu y refluxu, debian ser expelidos con purgantes, antes que se fixasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debía esperar á que madurasen antes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro doctor,

C 2

tor,